

Mas pocos dias despues obtuvo Carnicer la ventaja de apoderarse de Barberan, cuyo fuerte se le rindió, siendo fusilados todos aquellos de sus defensores que no consintieron en ingresar en las filas carlistas. En uno de los referidos encuentros habidos en aquellos dias hallóse Cabrera en peligro de caer prisionero. Sorprendido en Abejuela y sin tener tiempo para montar á caballo, procuró salvarse á pié, pero á la salida del pueblo, un soldado del regimiento de Valencia le asió por los faldones de la levita, cuando dando Cabrera una fuerte sacudida, se precipitó por un barranco, ocultando su presencia en las fragosidades del monte, y logrando por la noche reunirse á los suyos.

No fué mas feliz para Carnicer su tentativa de apoderarse del pueblo de Cortes, de donde fué rechazado con pérdida, desbandándose su gente diezmada á balazos por los urbanos movilizadas que habian tomado posicion en una emboscada, batida en la que perdieron los carlistas mas de doscientos hombres y el rico botin fruto de sus excursiones en la provincia de Teruel.

Los prisioneros hechos por los liberales en número de otros doscientos hombres fueron enviados á Valencia, donde los dedicaron á obras públicas, siendo otros deportados á ultramar.

Tan poco lisonjero era al finalizar el año de 1834 el estado en que se hallaban las facciones de Aragon, que apelaron al sistema de dividirse en pequeñas partidas, que se dispersaban para reaparecer de nuevo cuando á ello convidaban las circunstancias.

Entonces fué cuando Cabrera, preocupado con las dificultades con que luchaba la causa que servia, determinó marchar á Navarra con objeto de hacer conocer á don Carlos la situacion en que en aquellas provincias se hallaban sus defensores. Realizado su propósito, el futuro conde de Morella púsose en camino el 20 de diciembre acompañado de una sola persona que lo fué el comandante don Francisco García, y agitado por la penosa preocupacion de salvar los peligros de una peregrinacion que le obligaba á atravesar territorios dominados por las tropas de la Reina.

Aunque los hechos concernientes á la guerra civil que ardía fuera del territorio de las Provincias Vascongadas, Navarra, Cataluña y Aragon y demás de que nos hemos ocupado hasta ahora, tuvieron lugar antes de que comenzara el año de 1835, consideramos preferible como siendo mas claro y metódico hacerlos entrar en el cuadro de los sucesos de guerra que vamos bosquejando que separarlos para seguir el orden cronológico, en cuyo caso habria que mezclarlos con los hechos de carácter político, diplomático y administrativo, que constituyen el verdadero trazado histórico de una época que tanto abunda en acontecimientos prolijos al par que variados.

A las facciones que en Aragon pululaban, reclutándose fácilmente y dispersándose sin acabar de estar organizadas, hay que añadir en Aragon las de Forcadell, antiguo oficial del ejército; Polo, que estaba en igual caso; Arnao, que despues casó con una hermana de Cabrera, y los paisanos Vallés y Arévalo, que tambien salieron á guerrear; ninguno de los cuales, sin embargo, realizaron por entonces hechos que merezcan ser relacionados.

Tambien en Asturias y en Galicia se levantaron facciones por Mata, Villanueva, Terrero, Vals y otros cabecillas, los que del mismo modo que Villanueva y Sanchez Seoane en Galicia no lograron establecer en aquellas provincias focos permanentes de insurreccion, habiéndose reducido sus expoliadoras correrías á meros síntomas del estado general de perturbacion en que el movimiento carlista tuvo durante aquel año á las diferentes provincias del reino.

Pero ni la decision de Llauder, de la que queda hecho mérito, ni el buen espíritu de los liberales de Cataluña, bastaron para contener una primera explosion que capitanearon los antiguos partidarios Rey y Galcerán. Ambos insurrectos cayeron derrotados, pagando el primero con su vida su exagerado realismo, habiendo tenido el segundo que buscar refugio en Francia; derrotas que no bastaron á contener la audacia de otros guerrilleros que no tardaron en salir á la palestra. Fueron entre ellos los mas señalados Tristany, Llanga Ros, Buzon Villera y algunos mas que no cesaron de agitarse en la pro-

vincia de Gerona, en la de Lérida y en las montañas de las de Tarragona y Barcelona.

En Castilla, además de cuanto queda dicho concerniente á Merino, un antiguo compañero de este cabecilla intentó sin éxito asentar los reales de la insurreccion en la provincia de Zamora. Otro tanto y con mejores resultados intentóse por don Juan Manuel Balmaseda en la provincia de Soria, y no quedaron rezagados los antiguos guerrilleros Locho y Palillos que muy pronto infestaron la Mancha y los montes de Toledo; pero las operaciones de los carlistas manchegos no debian dar para su causa otro resultado que el de vejar á los pueblos y el de debilitar al gobierno, impotente para impedir ó castigar las exacciones, secuestros y robos á que aquellos forajidos no cesaron de entregarse.

Mas ruidosa y amenazadora que la de la Mancha se anunció la insurreccion del Maestrazgo. En los primeros dias del mes de diciembre de 1833 el gobernador de la plaza don Carlos Vitoria, secretamente afiliado á la bandera carlista, alzó pendones por don Carlos, proclamándolo oficialmente y entregando el mando de la plaza y de su distrito al baron de Hervés, hidalgo solariego, quien se puso al frente de la Junta por él formada, en la que entraron, entre otros eclesiásticos, el prior de San Agustín y el guardian de San Francisco. Noticioso del suceso el gobernador militar de Tortosa, don Manuel Breton, púsose inmediatamente al frente de una columna de seiscientos hombres con los que marchó decidido á recuperar la plaza. Salió de esta alguna fuerza para disputar el paso á la columna, pero tan mal mandada ó mal dispuestos se hallaron los de Morella que emprendieron la fuga al recibir las primeras descargas de los tiradores de Breton, buscando en seguida refugio al abrigo de los muros de la plaza. Regularizado que fué el sitio, no creyó el baron de Hervés poder defenderse, y aprovechando la oscuridad de la noche salió de Morella, acompañado de la Junta y de los comprometidos, tomando el camino de Calanda, interin Breton se posesionaba de la plaza en nombre de Isabel II el 10 de diciembre de 1833.

No pudo el de Hervés mantenerse en Calanda, donde fué atacado por la columna al mando del jefe Linares, á la que, aunque trató de resistir, hicieron tan débilmente los carlistas que fueron puestos en fuga, dejando el campo cubierto de cadáveres, y en poder de los vencedores la mujer y tres hijas del baron de Hervés. De resultas de este desastre hubo en el campo carlista disensiones, habiendo estado á punto de venir á las manos unos contra otros. El desgraciado baron de Hervés cayó á los pocos dias prisionero y juntamente con don Vicente Gil, comandante de los realistas de Liria, y don Carlos Vitoria, ex-gobernador de Morella, pagaron con su vida el errático cálculo que les llevó en aquellos dias de odiosas represalias á levantar bandera en favor de don Carlos.

DOCUMENTO NUM. 1

CAPITULACION DE ORBAYCETA

Capitulacion de la real fábrica de Orbayceta, de la que es director el coronel don Manuel Bayona, acordada entre los señores oficiales don Miguel Gomez, coronel de infantería y jefe de E. M. del ejército de don Carlos V en Navarra, el primer ayudante general del mismo don Juan Antonio Zariategui, y los señores oficiales del ejército de doña Isabel II, don Estéban Diaz Aguado, coronel de infantería y capitán del real cuerpo de artillería, y el subteniente del mismo cuerpo don Matías Parayuelo.

Artículo primero.—La tropa existente en la fábrica dejará las armas, conservando los equipajes, y los señores jefes y oficiales conservarán los equipajes y armas.

Art. 2.º Quedan incluidos en el artículo anterior todos los operarios y dependientes de la fábrica para conservar sus equipajes.

Art. 3.º A todos los once jefes y oficiales y demás individuos de tropa y dependientes de la fábrica que quieran salir de ella, se les facilitará pasaporte para donde lo pidan.

Art. 4.º Todos los operarios podrán quedarse continuando sus trabajos, y se quedarán tambien los once jefes del ramo

de cuenta y razon que voluntariamente quieran, para seguir la del establecimiento.

Art. 5.º Serán entregadas á un comisionado que se nombrará de las tropas de S. M. don Carlos V, las armas, cartuchería de fusil y granadas de mano (cargadas) que existen en la fábrica, entregando el competente recibo.

Art. 6.º Todos los caudales que existan en la fábrica y los que puedan recibirse, tanto pertenecientes al material como al personal, serán inviolables.

Art. 7.º Todos los once jefes y oficiales, tanto de tropa como del ramo político de artillería, que tengan que salir de la fábrica lo podrán hacer en los dias 28 y 29 del presente mes, y la tropa como mas amovible en todo el dia 28.

Art. 8.º Un individuo que existe en la fábrica pasado del ejército de S. M. don Carlos V, queda incluso en los artículos que hablan de la guarnicion.

Art. 9.º Si algun artículo admitiese duda ó interpretacion, será concebido á favor de la guarnicion.

Real fábrica de Orbayceta 27 de enero de 1834.—Miguel Gomez.—Juan Antonio Zariategui.—Estéban Diaz Aguado.—Matías Brayuelos.—Apruebo la antecedente capitulacion.—El comandante general, *Zumalacárregui*.

CAPITULO IV

Generalato de don Genaro Quesada

Sus planes de campaña.—Sus negociaciones con Zumalacárregui.—Ruptura de estas.—Las represalias.—Operaciones militares.—Acciones de Muez y de Galima.—Juicio sobre el mando de Quesada.

La guerra civil de los siete años, destinada á gastar el concepto militar de los generales que de mas reputacion gozaban, vino á poner á prueba la del honrado don Genaro Quesada, recientemente agraciado con el título de marqués del Moncayo, á quien se confirió el mando del ejército de operaciones en reemplazo del dimisionario don Jerónimo Valdés. Habíase señalado Quesada por su celo ardiente en defensa del realismo puro durante los tres años que constituyeron el segundo período del régimen constitucional. En aquella época mandó las facciones que pelearon en las provincias del Norte, servicios que le valieron al general todo el favor de Fernando VII; pero sensato y generoso no participó Quesada de los furioses de la implacable reaccion que á tantos excesos condujo, y antes al contrario formó con los Córdovas, los Eroles y mas tarde Llauder la parcialidad moderada del campo realista. Enaltecíó grandemente el carácter del marqués del Moncayo la noble conducta que observó en 1831 con la brigada de marina sublevada en la isla de San Fernando y á la que rindió en los campos de Veger. En aquella ocasion no vaciló Quesada en contraer la envidiable responsabilidad de no dar cumplimiento á la orden del gobierno para que diezmasse á los prisioneros. Tuvo la firmeza de mantener la palabra que les habia dado de concederles la vida, y temeroso de no salir con su empeño respecto á los jefes y oficiales, les facilitó la huida y los medios de buscar refugio en Tánger. Las opiniones políticas de Quesada habian progresado desde entonces; llegando á liberalizarse hasta el punto de no rechazar las doctrinas mas populares con tal que no se le hablase de la Constitucion de 1812 contra la que observaba invencible inquina.

Dejamos anteriormente hecha referencia de las desavenencias que surgieron inmediatamente despues de la muerte del Rey entre Quesada y el gabinete Zea Bermudez, y de cuyas resultas fué aquel separado del mando de la guardia real y destinado á la capitanía general de Andalucía, puesto que no quiso aceptar, pero dificultad que allanó su nombramiento para la de Castilla la Vieja. En este puesto desplegó grande energía é inteligencia contra la faccion de Merino y otros cabecillas, á los que arrojó al territorio portugués, habiendo mostrado igual actividad y celo para secundar las operaciones contra los carlistas de Aragon y de Navarra. El nombramiento de Quesada para general en jefe del ejército del Norte fué, en consecuencia, muy bien recibido por la opinion, infundiendo esperanza de que bajo su direccion la guerra variaria

Tomo VI

de condiciones. A esto se dirigieron en efecto los primeros planes del nuevo general en jefe. Véase por lo que va relacionado cuánto habian mejorado las facciones del Norte en disciplina y en cualidades militares en los pocos meses de mando que llevaba Zumalacárregui. Enteramente dueños del país los carlistas por las simpatías de la inmensa mayoría de los habitantes, no necesitaban mermar sus columnas con guarniciones ni se les importaba abandonar puntos de los que estaban seguros de posesionarse en breve. El aspecto de la guerra habia variado; el enemigo que antes corria á la proximidad de las tropas de la Reina, ahora las esperaba á pié firme, y cuando no lograba vencerlas economizaba la propia sangre para emplearla con mayor fruto.

El historiador que aspire á hacer justicia á los hombres de la época cuyas vicisitudes bosquejamos, no podrá menos de reconocer haber sido Quesada el precursor del sistema de guerra que mas tarde ilustró al general don Luis Fernandez de Córdova, y cuyo lauro tenia la fortuna guardado en reserva para que don Baldomero Espartero lo cogiese en los campos de Vergara. En efecto, Quesada tuvo el primer pensamiento de terminar la guerra civil por medio de negociaciones que, sin desdoro para el gobierno ni sacrificio de los principios que la causa de la Reina representaba, hicieran caer las armas de las manos de hermanos obcecados que inhumanamente se degollaban.

A este fin entró en relaciones con don Tomás Zumalacárregui, que habia servido á sus órdenes, y á quien acababa de rendir espontáneamente el servicio de poner en libertad á su esposa presa en Puente la Reina.

Para el mejor éxito de su generosa aspiracion buscó Quesada la cooperacion de don Miguel de Zumalacárregui, hermano del general carlista, antiguo diputado á las Constituyentes de Cádiz y consecuente liberal. El objetivo de Quesada no iba mas allá de tranquilizar á los vascongados sobre el mantenimiento de sus fueros y de garantizar á los jefes y oficiales que habian alzado bandera de rebelion, la conservacion de sus grados, empleos y honores, abriéndoles la puerta para mayores adelantos.

A mucho mas visaba el levantado espíritu del caudillo carlista. Habíase propuesto fundar su gloria en el triunfo de una causa que por ser popular en las provincias de su mando creia poder imponer al resto de las de España; esperanza que, si bien exagerada, no era del todo absurda, cuando una gran parte de la nacion aclamaba aquella bandera á la que la temprana muerte del caudillo navarro privó en gran parte de las probabilidades de triunfo con que este se lisonjaba.

No es necesario decir mas para que desde luego se comprenda que las negociaciones abiertas por Quesada no podian realizar el generoso propósito del patricio honrado que las inició. Llevado del pensamiento que acaba de ser indicado dirigió el general su primera carta á Zumalacárregui, á la que este contestó en términos evasivos y con la evidente intencion de ganar tiempo. Volvió á estrecharle Quesada con palabras amistosas, proponiéndole una entrevista á la que tampoco accedió el jefe carlista alegando frívolos pretextos. La correspondencia entablada fué agriándose por grados hasta el extremo de que por parte de Zumalacárregui no quedase duda de que no queria tratar, produciendo este resultado sobre el franco y levantado espíritu de Quesada una irritacion que agotó su paciencia y lo condujo á apelar á las armas con la energía que le era habitual.

La astucia y sagacidad, cualidades dominantes en un jefe de partido, no abandonaron á Zumalacárregui en el importante paso de sus negociaciones con Quesada. Quiso cubrir con la opinion del ejército de su mando el desenlace que se habia propuesto dar al asunto, y reuniendo á sus principales jefes, leyóles las cartas de Quesada y sus contestaciones, pidiendo el consejo y parecer de sus compañeros para la resolucion de negocio de tanto empeño. No era dudoso que la mayoría de la oficialidad carlista, entusiasmada por las parciales ventajas que habian comenzado á obtener, y ebrios de esperanza de futuros triunfos, propendian á la continuacion de la guerra; pero tampoco es dudoso que el ascendiente de Zumalacárregui habria sido mas que suficiente para inclinar la delibera-

cion en el sentido de la paz. Mas como el caudillo navarro tenia ya decidido lo que queria hacer, puso en boca del hombre de su mayor confianza, el general Zaratiegui, los argumentos de empuje y de pasion mas propios para enardecer los ánimos, y tomando pié de un discurso que él habia inspirado, afectó la modestia de no haber querido adoptar la resolucio que ya tenia, de romper las negociaciones, sin conocer antes la opinion de sus compañeros de armas.

Al siguiente dia de la reunion en la que por unanimidad se decidió continuar la lucha sin descanso, formó Zumalacárregui sus batallones, á cuyo frente hizo leer el manifiesto en el que se daba cuenta de las negociaciones seguidas con Quesada, documento en el que se disimulaba el lado favorable de las condiciones propuestas por el general de la Reina, y se hablaba á la pasion de guerra que animaba á los vascongados y navarros.

Siguió á estos incidentes la inmediata ruptura de las hostilidades, á las que sirvió de prelude por parte del general Quesada la publicacion de un bando, fecha 11 de marzo, cuyo tenor ofrece el mas vivo testimonio del encarnizamiento que tan duro contraste debia ofrecer con las medidas conciliadoras á que nos hemos antes referido.

Pocos dias antes que la correspondencia entre los dos generales hubiese tomado las proporciones que acaban de ser relatadas, pero cuando ya habia cesado la especie de tático armisticio que por algunos dias suspendió las operaciones, intentó Zumalacárregui apoderarse de la ciudad de Vitoria, siendo rechazado y teniendo que retirarse hácia Salvatierra noticioso de la aproximacion de Espartero que acudia de Vizcaya en busca del enemigo. Al abandonar los carlistas el asedio, el comandante general de Alava, Osa, mandó fusilar tres paisanos acusados de espionaje, hecho que adquirió funesta importancia en concepto de Zumalacárregui, por atribuirse á los ajusticiados el carácter de oficiales de la faccion.

Grandemente irritado el campeon navarro al saber el sacrificio de sus adictos llevó el frenesí de la venganza hasta el extremo de poner en capilla y pasar por las armas ciento veinte tiradores alaveses que sorprendió é hizo prisioneros en la mañana en que tuvo lugar el antedicho encuentro. Dos únicamente de aquellos desgraciados debieron la conservacion de su vida á la generosa intervencion de Villarreal.

Entre las operaciones emprendidas por los carlistas durante el mes de marzo, no debe ser pasada en silencio la atrevida tentativa de hacerse dueños de Portugalete, intento que con gallardía y arrojo frustró el brigadier Espartero, quien en aquel dia conquistó su faja de general. La accion fué muy reñida y dejó el campo literalmente cubierto de cadáveres.

Promulgada que fué la especie de reiteracion de declaracion de guerra que por algunos dias tuvo suspenso el curso de las antedichas negociaciones, y á que puso término la publicacion del bando de Quesada, movió este su cuartel general el 23 de marzo, dirigiéndose á Lumbier, en cuyas inmediaciones creyó poder encontrar á su adversario. Apercibido este de lo cercano que se hallaba el momento de medir sus fuerzas con el irritado general, cuyas amistosas proposiciones habia despreciado, dividió su hueste en dos cuerpos, confiando el mando de uno de ellos á Eraso y conservando el otro bajo sus inmediatas órdenes. Igual distribucion de su fuerza habia hecho Quesada, disponiendo que las que confió al mando del baron de Meer marchasen por Domeño á Izo, siguiendo la línea del rio Salazar, ínterin él se dirigia en persona con el resto de sus tropas en direccion de Areta.

Informado en su marcha de que Zumalacárregui habia pasado aquel puerto, y calculando que habria tomado la direccion de Aoiz, se dirigió á este punto, donde pudo cerciorarse de que se habia equivocado respecto á la direccion que llevaba el enemigo, mas habiéndola este variado de nuevo en cuanto tuvo noticia de la aproximacion de las tropas de la Reina, salvaron los carlistas la áspera sierra que los separaba del rio Irate y vadeándolo tomaron el camino de Itoiri y Zulzarren.

En el entre tanto, el general Lorenzo, que desde los Arcos observaba los movimientos de Eraso, suponiendo que iba á

reunirse con Zumalacárregui, se corrió hácia Estella para mejor seguir los pasos del primero y hacer frente al segundo si penetraba en el territorio de su mando. Realizóse esta prevision, no habiendo tardado en invadirlo los batallones navarros, conducidos por Zumalacárregui, el que bajando por Tafalla y aproximándose á Estella, sostuvo con Lorenzo el 21 de marzo el rudo combate de Muro, accion reñidísima en la que fueron recíprocamente tomadas y vueltas á perder posiciones por ambos bandos, quedando sin embargo el campo por los carlistas, toda vez que Lorenzo tuvo que retirarse á Estella.

Pocos dias despues, ínterin Quesada maniobraba contra Eraso por la parte de Lumbier, franqueaba Zumalacárregui el Ebro, y á la cabeza de 2,800 infantes y 200 caballos entraba en Calahorra, que tuvo sin embargo que abandonar apenas la hubo ocupado dirigiéndose á Lerin.

La siguiente operacion que emprendió el jefe carlista fué la de salir al encuentro del general Quesada, que de Vitoria se dirigia á Navarra, custodiando un convoy con una fuerte suma de dinero para el ejército. Era el plan de Zumalacárregui defender el paso de los puertos de Ciordia y Olazagoitia, lo que adivinado por su veterano adversario dispuso este que el convoy y la artillería tomasen la direccion de la izquierda para pasar el rio cerca de la venta de Alsásua con lo que quedó desembarazado para el combate que tuvo que sostener hasta llegar á Segura con el convoy, resultado que costó sensibles bajas á los cristinos y algunas tambien de importancia á los carlistas, cuyos jefes Villarreal y Goñi salieron heridos.

Irritado Quesada de tanta audacia de parte del enemigo, y en combinacion con Linares, que á la sazón perseguia á Eraso y á Iturralde, mandó cambiar de direccion y que tomase el camino de Tudela, ínterin que dirigiéndose á Caparros creyó Quesada coger á Zumalacárregui entre dos fuegos. Pero en esta ocasion, lo mismo que en infinitas otras, la táctica del jefe carlista burló las mas acertadas combinaciones de sus contrarios, y sin tropezar siquiera con las columnas que marchaban en su busca regresó á los pocos dias con los batallones navarros á su acostumbrada guarida de Aoiz.

Por aquel tiempo recibió el célebre caudillo una significativa carta que le dirigia su rey el pretendiente á la corona de España (1).

La publicacion de este autógrafo dió ocasion al jefe á quien se dirigia para al darlo á conocer al ejército comentar la régia carta por medio de una breve allocucion (2).

Tambien la junta gubernativa de Navarra quiso añadir un contingente de su cosecha á las palabras emanadas de su rey, publicando un indulto á favor de los defensores de la causa liberal que en el término de veinte dias hicieran acto de sumision ante las autoridades del pretendiente.

La actividad de Quesada no daba un instante de reposo á su terrible adversario, y llegó á ponerlo en aprietos de los que en otras localidades y á igualdad de elementos es difícil hubiera podido escapar Zumalacárregui. En mas de una ocasion túvolo el general de la Reina entre sus columnas, y á no haber sido por las faltas de inteligencia inevitables entre el general y sus subordinados, que son tan frecuentes en terrenos quebrados y en operaciones activas, difícilmente hubiera conjurado una catástrofe el gran caudillo navarro.

Sobre la memoria de ambos adversarios pesa la terrible responsabilidad de que la guerra tomase el carácter de ferocidad que condujo á las sangrientas y abominables represalias á que afortunadamente no tardó en poner término la humana intervencion de la diplomacia extranjera y el universal grito de la conciencia pública en todas las naciones civilizadas.

A consecuencia de las medidas de rigor, ó por mejor decir de guerra sin cuartel, decretadas por los dos caudillos, los jefes y oficiales de las fuerzas carlistas aprehendidos por las columnas y destacamentos del ejército de la Reina, eran irremisiblemente fusilados, crueldad á la que respondió Zumalacárregui, participando que en represalias de la conducta que

(1) Véase el documento número I del Apéndice de este capítulo.

(2) Véase el documento número II de ídem.

decia observaba el gobierno que llamaba usurpador, habian sido fusilados por sus órdenes el capitán don Leopoldo O'Donnell, hijo del conde de La Bisbal, y los oficiales don Joaquin Villalonga, don Rafael Clavijo y don Antonio Bernal, cuyo sacrificio decia al gobernador de Pamplona era la consiguiente represalia del que habian sufrido el alcalde de Ataun y un voluntario, en expiacion del fusilamiento de un voluntario carlista que quedó herido en Calahorra, y cuatro carabineros en venganza de la conducta observada con sus prisioneros, añadiendo que tendrian igual suerte cuantos soldados de la Reina cayesen en su poder, previniendo que en este caso se hallaban un centenar de ellos, no obstante cuyo indispensable rigor, obrando, decia, con la posible caridad enviaba á la plaza seis de los prisioneros heridos á fin de que entre los suyos pudieran lograr su mas pronto restablecimiento. A todos los prisioneros hechos por los carlistas en el encuentro de Alsásua les cupo igual suerte que á las víctimas que acaban de ser enumeradas, habiendo solo logrado libertarse de ella los que para salvar su vida juraron fidelidad á don Carlos, precio que, juzgándolo deslealtad, no se avinieron á pagar en rescate de la suya el pundonoroso O'Donnell y sus compañeros.

No obstante el carácter feroz que habian tomado las odiosas represalias pareció prestarse Zumalacárregui á abrir vías de inteligencia respecto á regularizar la suerte de los prisioneros, y á este efecto dictó en su cuartel general de Piedramillera el 28 de abril la siguiente resolucio:

«Cuartel general de Piedramillera 28 de abril de 1834.— Desoso de hacer cuanto está en mis atribuciones en favor de la humanidad y de la economía de la heroica sangre española me presto gustoso al canje de los tres oficiales contenidos en la presente instancia, por el capitán don Fructuoso Bayona, herido y prisionero posteriormente por el enemigo, y por la persona de Antonio Losada, vecino de Lumbier y sentenciado por leves sospechas á presidio, siendo así que ningun servicio ha prestado en favor de los legítimos derechos del rey nuestro señor don Carlos V; me mueve á apeteer su libertad el remedio de su dilatada familia y el de complacer á los parientes que tiene en estas filas, que imploran por este medio su libertad, en la inteligencia que la resolucio sobre la admision ó no de este canje deberá recaer y participásemse para el dia 1.º del próximo mayo, y de no verificarlo se llevará á efecto la ley de represalias.—Zumalacárregui.»

Doloroso es tener que estampar en qué términos respondió el general Quesada á la precedente indirecta iniciativa que probablemente habria podido conducir á humanizar la guerra; pero la verdad histórica no permite sustraer á su conocimiento un documento de la especie del que nos vemos compelidos á transcribir.

El general del ejército de la Reina tenia interés en salvar la vida de tres de los oficiales hechos prisioneros en Los Arcos, y sea que la vehemencia de sus sentimientos ofuscase su razon, ó que no conociera todavia el tenor de la precedente resolucio de Zumalacárregui, el hecho es que al siguiente dia enviaba á su contrario una comunicacion que antes que un medio de allanar la dificultad abordando francamente la cuestion de dar cuartel y de regularizar los canjes, fué una provocacion de un reto que no podia menor de exacerbar á Zumalacárregui, dando lugar á la manifestacion con que el jefe carlista se dió por entendido de la apasionada agresion de su contrario. Hé aquí el documento en cuestion:

«Al jefe de salteadores y bandidos Zumalacárregui: He visto el escrito firmado por V. y es extraño que un rebelde hable á un general español de humanidad, despues de haber sacrificado á sangre fria á ciento veinte tiradores alaveses á quienes se habia prometido dar cuartel, y posteriormente á unos oficiales llenos de honor en el pueblo de Echarri-Aranaz. El gobierno de S. M. la Reina nuestra señora ha sido demasiado generoso para con V. y sus secuaces, los que fascinados por esperanzas quiméricas que no tardarán en ver desvanecidas enteramente, no supieron aprovecharse de tanta magnanimidad, posponiendo á la destruccion de este hermoso país, el robo y rapiña, únicos objetos de esas hordas armadas. Si continúan sus llamados jefes como hasta aquí, deberán tener entendido que los padres, hermanos, mujeres, hijos ó parientes

mas cercanos de los que se hallen entre esa turba, serán pasados por las armas, es decir, uno por cada uno de los oficiales ó soldados que sean sacrificados. Desde este momento tengo ya presos á don Mateo Lopez, suegro de Guibelalde, á don Domingo Ulibarri, padre de dos titulados oficiales de esas hordas, á don Bernardo de Llano y doña Polonia Munarri, cada uno de estos con tres hijos en ellas, los que con Antonio Losada, serán pasados por las armas en el momento en que sepa lo hayan sido los tres oficiales de la Princesa y Extremadura sorprendidos en Los Arcos. Seguiré prendiendo otros individuos para ejecutar lo mismo en represalias de los que ustedes hagan perecer; por nuestra parte, sin embargo, y en obsequio de la humanidad, conservaré la vida en lo sucesivo á todos los que se titulan oficiales y caigan en nuestro poder, siempre que al recibo de esta se dé libertad á los tres oficiales citados, y que en adelante no se vuelva á fusilar á ninguno de los que pudieran ser aprehendidos por esas hordas: ustedes deben conocer la diferencia que hay entre las tropas organizadas de un gobierno legítimo y reconocido al de hordas de rebeldes, sin mas apoyo que el efímero que presta la desesperacion. Cuartel general de Pamplona 29 de abril de 1834.—Genaro Quesada.»

Despues de haber exhalado su cólera en estos términos, el general Quesada hizo saber á las familias de los carlistas que tenia prisioneros que la vida de sus deudos dependia de la suerte que corriesen los tres oficiales caidos prisioneros en Los Arcos. Como era natural no perdieron un momento los parientes de los capturados carlistas en arrojarse á los piés de Zumalacárregui pidiendo con desgarradores lamentos la vida unos de sus padres, otros de sus madres y de sus hermanos, con lo que virtualmente pedian la vida de los prisioneros de Quesada. Dura é inexorable fué la contestacion del jefe navarro á las plegarias de sus amigos, pero es un documento que tambien pertenece á la historia y que no nos encontramos autorizados á suprimir. Dice así:

«Grande fuera, señores, nuestra deshonra, mengua mil veces mas indigna del nombre navarro que la de deponer las armas y entregarse á discrecion á la generosidad de los enemigos, si accediésemos ahora á las amenazas de Quesada, suspendiendo la ejecucion de una medida que sus atrocidades han provocado. Si se tratase de salvar la vida de algunos de nuestros oficiales y soldados; si se tratase de ajustar la guerra ahorrando al mundo el espectáculo de horror que se le está dando; si por medio de estas amenazas quisiera atraernos á observar exactamente las leyes de la guerra, enhorabuena que la medida no se consumara; pero cuando no existe nada de eso; cuando se nos quiere intimidar con la represalia de personas extrañas á la contienda que sustentamos, cuando se intenta desarmar nuestra justa cólera con un torpe ardid, no es posible, señores, desistir de lo acordado. Esas amenazas con que se pretenden darnos la ley, haciéndonos suspender el cumplimiento de nuestras providencias, son un motivo para que le apresuremos. No me digais que condescendamos por esta sola vez con lo que el enemigo pide. Tamaño despropósito no cabe en mí. ¿Qué pensais que resultaria de aquí? Que mañana haremos nuevos prisioneros y Quesada, conociendo nuestro flaco, mandará tomar iguales rehenes en cualquier pueblo, nos enviará igual mensaje que ahora, y tendremos que ceder igualmente; con la diferencia, que si hoy nos pide los jefes, mañana vendrá á pedirnos el oficial, esotro dia el sargento y al inmediato el soldado, y con todos será preciso condescender. De manera, señores, que dado el primer paso, el mal seria irremediable, y todos nuestros esfuerzos vendrán á quedar en último resultado destruidos por una simple condescendencia. Yo no creo que Quesada, á pesar de su carácter violento y sanguinario, leve á efecto la amenaza que nos dirige, porque eso le extraviaria de todo camino de razon y de justicia, mas sea el que quiera su modo de obrar, no variará en nada mi resolucio. Esta la fijó Quesada en el momento que intentó arredrnarnos con su reciente medida. Él es quien con ella ha acelerado la ejecucion de los desgraciados prisioneros.»

Despues de varios movimientos ejecutados por las tropas de la Reina al mando del general en jefe, sin que este lograra dar alcance á su enemigo, dirigióse Quesada á Muez el 24 de